



ABEL GONZÁLEZ
Senos fue
Papá Noel

Página 3



CONTRATAPA
HipyMió,
un relato de
Hugo Soto

Página 4

SL

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 2 | NÚMERO 57 | JUEVES 3 DE ENERO DE 2013



Butes: el disidente de la tribu

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahra.com.ar

PASCAL QUIGNARD

UNA OBRA QUE ANALIZA LA PERVERSIÓN EN LA INFANCIA

En *Posiciones perversas en la infancia*, los psicoanalistas Luján Iuale, Santiago Thompson y Luciano Luterau estudian la singularidad de un lazo caracterizado no por la desviación de una norma social sino por la emergencia de la angustia de frente al otro. El libro, publicado por la editorial Letra Viva, apunta a despejar una serie de confusiones teóricas y metodológicas y a situar la

especificidad de la posición de la que habla en el título, complicada por la ecuación infancia-perversión. Iuale, Thompson y Luterau ejercen como psicoanalistas y docentes en diversas instituciones y universidades del país, y forman parte de una nueva camada que además de exponer cuestiones técnicas con rigor, lo hacen con una escritura clara, descartando la jerga de los "especialistas".



2 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ NUEVES 3 DE ENERO DE 2012

Butes: el disidente de la tribu



→ PABLO E. CHACÓN

En *Butes*, el ensayista, músico y novelista francés Pascal Quignard recrea la leyenda del único disidente que de regreso a Itaca junto a Ulises, decide abandonar al canto de las sirenas ignorando los efectos hipnóticos que producen esos seres mitad pez mitad mujer.

El libro, publicado por la casa Sexto Piso, es otra muestra de la gracia y la erudición de este hombre, considerado autista de pequeño, que abandonó la música y la edición en Gallimard para dedicarse sólo a la escritura de textos inclasificables.

Butes es un argonauta más, rema y rema en la balsa que lo devolverá a Itaca. Pero en ese mar se cruzan con "la isla de los pájaros con cabeza de mujer que en griego se llaman sirenas".

Las voces femeninas hipnotizan a los hombres, que empiezan a dejar los remos. Entonces, Orfeo sube al puente del navío con la cítara para ejecutar un contra-canto. Y Ulises hace que Euforcio y Perímedes aten sus músculos y pies a un mástil para resistir la tentación.

Quignard cuenta que Orfeo se empuña y logra que una balsa retome su ruta... con unos malos Butes, que se tira al mar y nada desespera-



ULISES. ENCADENADO AL MÁSTIL DE SU NAVE PARA RESISTIR EL CANTO DE LAS SIRENAS. CERÁMICA GRIEGA.

do hacia la isla, su "corazón arde por escuchar", escribe Apolonio.

Pero a punto de pisar la tierra y morir, Cipris lo arranca de las olas; Butes vuela en sus brazos, la penetra en el aire. Y Cipris, al altura de Sicilia, lo suelta. Y pare a Ericé, del esperma de su pariente capturado y desechado.

Practicante del budismo zen, Quignard abandonó su puesto de editor jefe en la editorial Gallimard para dedicarse a sus intere-

ses, como un anacoreta, vive en una cabaña, en un bosque no muy lejos de París; también abandonó el cello y resguarda su identidad social en la escritura y el silencio.

Butes representa la disidencia, el asocial (no el individualista hipermoderno); es el hombre arrojado al mundo, a la intemperie, a la música antes del lenguaje musical, "el impulso de Butes hacia la animalidad anterior".

¿Anterior a qué? Al orden civil,

a la religión del consenso, a la corteza de la distancia, a la prudencia y a los imperativos de la vida atmosférica. "Vida de larva—casi un pez—y vida mariposa—casi un pájaro—. Casi un pez, casi un pájaro: éstas son también las figuras de Butes y de las sirenas".

Butes se tira al mar para escuchar la verdad? Algunos críticos piensan que el interés de Quignard por el personaje que da nombre al libro está relacionado

también con la idea de anulación del ego, propia de su biografía.

El libro no cuenta otra cosa; cruce de ensayo, narrativa, poesía y anotaciones al paso, su hipótesis central podría decirse que está cifrada en un sinograma: "Allí donde el pensamiento tiene miedo, la música piensa". Pero ¿qué piensa la música? La música en la que piensa Quignard es en la que emiten los pájaros, en Olivier Messiaen, Franz Schubert y Joseph Haydn. Y en el rocío que produce el mar de la música intrauterina. "Como dicen los japoneses en forma de proverbio: muko mukashi. El agua viene del añoño". "El pensamiento de Apolonio es claro", escribe Quignard. Y esa es la causa que decide el deseo de Butes. Existen dos músicas: una de perdición; la otra, órfica, uniforme, articulada, es "la que ordena el regreso".

Sus oficiales tienen miedo del mar, de perderse, de abandonar el grupo, de faltar al reconocimiento. Entonces, ¿por qué el personaje muere ahogado? "Porque no provenimos del seco (...). La vida que llevamos es como una tierra extranjera".

Schubert, días antes de morir, visita la tumba de Haydn. "¿Por qué la música es capaz de al fondo del dolor?". Como si se dijera: al fondo del mar. Porque ahí habita. Porque "el canto de la lengua articulada se zambulle en el duelo de la pérdida", como Butes en Sicilia.

Pascal Quignard visitará la Argentina

Pascal Quignard visitará este año por primera vez la Argentina en una gira que incluirá Buenos Aires y Córdoba, confirmaron fuentes de la embajada de Francia a *Télem*.

Quignard, especialista en griego y latín, es un escritor áulico, que en sus libros cruza la narrativa con la filosofía, el ensayo de especulación, la historia, la política y la cultura oriental.

Nació el 23 de abril de 1948 en Verneuil-sur-Avre, fundó el Festival de Ópera y Teatro Barroco de Versailles, estudió filosofía (era compañero de Daniel Cohn-Ben-

dit, en Nanterre, cuando estalló París en 1968).

Su retorno a la música, al órgano y morir, le permitió reflexionar sobre esa práctica y su propio diagnóstico, que entonces conoce, de "autismo en el aire". Empieza un análisis se "libera" de ese estigma.

De esa época viene su interés por Japón (más de que por China). De hecho, ha pasado varias temporadas en un templo zen en Kioto y maneja el japonés con algo más que pericia.

Primero lector y luego editor en la casa Gallimard, en 1994, harto

de la industria del entretenimiento promovida desde algunos gigantes monopolísticos, se retiró a una casa en las afueras de París donde sólo escribe, medita y compone.

Algunos de esos libros son los que se encuentran en la Argentina: *Torrazo en Roma*, *Villa Amalia*, *El maestro de música*, *Todos las mañanas del mundo*, *El lector*, *Las sombras errantes*, *La frontera*, *El sexo y el espanto* y *Vida secreta*. Además, *Las tabillitas de boj de Apronemia Avitia*, *El nombre en la punta de la lengua* y *Georges de la Tour*. El sello argentino El cuenco de plata publicó *El odio a la música*, *Retórica especulati-*

va, *Alhucias* y *La barca silenciosa*.

En un reportaje recientemente dado en España, Quignard da una clave para entender su narrativa: "Quizá sea difícil entender a los que son los más jóvenes lo que voy a leerles, pero yo sé que ellos nacieron después de la guerra y no conocieron en primera persona sus desastres no tendrían razones para padecer las angustias de quienes sí los vivieron".

"Y sin embargo, se apoderó de ellos un duelo inexplicable, como si los hechos y la manera de sentirlos no estuvieran sincronizados. He hecho psicoanálisis du-

rante muchos años, pero no sé cómo explicarlos", dijo.

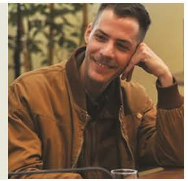
Y agregó: "Quiénes nacimos después de la guerra vivimos nuestra infancia entre ruinas, y no es normal vivir la infancia entre ruinas. Tengo una enorme necesidad del pasado para constituirme un territorio, por qué comenzó con el pasado. Yo me lo pensaba".

"Todo lo que escribo tiene que ver con eso. Se pierda la mujer a la que más se ha amado y no se siente nada. Siete años después, nosentamos como comenzamos a llorar. No creo que los efectos psicológicos sean directos, inmediatos".

En *Soy lo que quieras llamarme*, ganadora del premio de Novela Letra Sur, el escritor mendocino Gabriel Dalla Torre explora el submundo travesti de su provincia, realiza una radiografía de cómo la belleza victimiza y revela un universo de duplicidades, hipocresías y esquizofrenia social. Estética,

sutil, solemne y sin golpes bajos son algunas palabras que le caben a esta obra que narra desde la mirada de la joven Rubí, la construcción física que significa dejar de ser alguien para convertirse en otra persona, de otro sexo. Los días y las noches de un grupo de travestis y un policial de por

medio dan forma a esta novela que para el escritor Martín Kohan, uno de los jurados del premio Letra Sur, "surge cuando parecía que el camino ya estaba hecho. La novela tiene los colores de los mundos de Copi y la ternura de Puig, pero él va más allá".
LEITICIA POGORILES



La muerte de Abel González

Se nos fue Papá Noel

Precisamente en Nochebuena, murió Abel González, un periodista valioso, célebre por esa ética indeclinable que supo proyectar en cada una de las diferentes publicaciones que dirigió. En esta nota, Vicente Battista se refiere a *Elogio a la berenjena*, un singular libro de Abel González que se ha convertido en un objeto de culto.

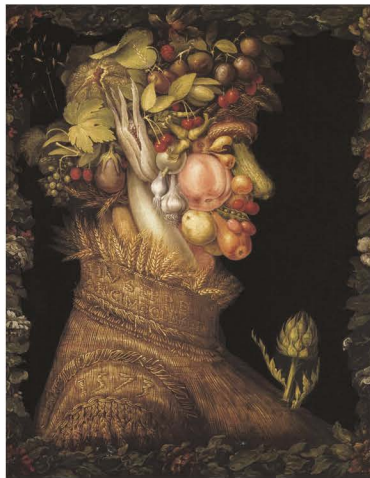


VICENTE BATTISTA

La imagen de Papá Noel no admite duda: la barba blanca, la sonrisa venturosa y esa placentera corpulencia hablan de un hombre sabio y bueno. Abel González expresaba al pie de la letra esa iconografía. La misma barba, la misma sonrisa y la misma corpulencia. También la misma sabiduría y la misma bondad. Murió en Nochebuena, casi como un sarcasmo o como un distraído modo de esa ironía que ejercita sin descanso. Me detengo un instante y aclaro posibles malos entendidos: esto no pretende ser una nota necrológica, «¿la hubiese rechazado sin más vueltas. "La muerte -hubiera dicho recordando a su admirado Borges- es una costumbre que sabe tener la gente".

Poseía esa desmedida curiosidad que caracteriza a los buenos periodistas y a los perseverantes escritores. Muy amigo de Bernardo Kordon, los imaginó a ambos hablando de la Revolución Cultural China, por lo que no me cuesta mucho, días después, imaginar a Abel comentándole a Norma, su indeclinable compañera, las ventajas de ver cómo era eso del socialismo de Mao. Vivieron tres años en China. A su regreso decidió que se iba a dedicar por entero al periodismo. Fue jefe de redacción de diferentes publicaciones: *Siete Días* y *Conozca más*, son las que ahora recuerdo, y fue el primer ombudsman de aquel semanario *Perfil* que sólo duró tres meses. A propósito de eso, veo que Jorge Fonteviechia le ha dedicado la contraparte del *Perfil* actual. En realidad, apenas cinco líneas se refieren a Abel González; todas las otras se ocupan de ponderar ese alarmante libro que el empresario Fonteviechia dirige.

Volvamos al periodismo. Abel González era un periodista in-



EL VERANO. PINTURA DE GIUSEPPE ARCHIMBOLDO.

comparable. TEA supo otorgarle la Manzana al Maestro. Recuerdo que cuando la tuvo en sus manos me preguntó: "¿No será por la edad?" No, no era por la edad, sino por la calidad del infinito número de notas que supo desperdiciar por numerosos diarios y revistas de todo el país. Además, tuvo tiempo para escribir y publicar siete magníficos libros: *La fin del mundo*, *El paso del cometa Halley por Buenos Aires en 1919*, *Historias del surf en la Argentina*, *Anteojos de gente muy famosa y el bamba porteño*, *Percepciones que nacieron con la revolución* y *Elogio de la berenjena*, de este libro quiero hablar.

La tapa muestra un definitivo cuadro de Archimboldo y un subtítulo que anuncia: "Aneéctods y recetas de cocina de gente muy famosa". En el prólogo, Abel González informa: "Partí de la tesis de que comer forma parte insoslayable de la cultura humana. Lo que se lleva a la boca -tanto lo crudo como lo cocido- alcanza, en efecto, para definir una civilización entera", y en base a esa tesis detalla el plato preferido de cada uno de los cincuenta personajes que habitan el libro. A lo largo de sus 320 páginas, luego que en otros, convivían armoniosamente James Joyce y el gato que odiaba el cerdo, Sigmund Freud y su irresuelto complejo de la coliflor, Leonardo da Vinci enfrentado a la maldita polenta, Simón Bolívar y la leche de la clemencia, Jorge Luis Borges y el risotto y otras inquisiciones, Juan Manuel de Rosas y sus mollejas del exilio, Luis

XVI en la larga noche de la brótolá, Juan Domingo Perón y los célebres pasteles del general, Calígula y las perlas que se disuelven en vinagre, Ernest Hemingway frente al salmón monógamo, Napoleón Bonaparte y la prueba de que el choripán es un invento corso, Carlos Gardel feliz con los faisanes del Abasto, Franz Kafka con su mucho amor por la ensalada, Julio Cortázar y las imperdibles perdices con chocolate; hasta Adán y Eva andan por ahí demostrando que es un pecado no comer manzana.

Cada personaje es parte de un relato narrado con la calidad, el sabor y el buen humor con el que Abel González supo forjar su inimitable estilo. Esa espléndida escritura también se proyecta en cada una de las recetas de cocina que incluye el libro. "Dora Dymant -leemos- hacía una ensalada de su invención que lograba, a veces, entusiasmar a Franz Kafka. La preparaba de la siguiente manera." Y acto seguido revela el secreto de esa ensalada que pudo haber alimentado la escritura de *El proceso* o *De castillo*.

Elogio de la berenjena se agotó a poco de haber salido. Abel González recibió numerosas ofertas para nuevas ediciones. Sistemáticamente, se opuso a ellas. Ninguno de nosotros logró dilucidar las causas de esa negativa. Murió sin revelar el enigma. Ahora descubro que ese misterio ya no me preocupa. Mujámmad, Mensajero del Islam, en un relato profético, escribió: "En esta vida hay que hacer tres cosas: escribir un libro, plantar un árbol y tener un hijo".

Abel González no tuvo hijos, pero sí plantó un árbol, pero escribió un libro que definitivamente lo rescatará del olvido.



Historia de la lectura en la Argentina. Del catecismo colonial a las netbooks estatales propone un recorrido por los textos fundamentales que marcaron la escolarización en nuestro país y las diferentes concepciones, políticas y culturales. El libro, publicado por Editoras del Calderón, reúne textos que van del catecismo colonial a la revista *Billiken*, de los libros escolares del peronismo al sitio Google, del analfabetismo a

la escolarización de los pueblos indígenas, de la escuela en dictadura militar hasta el nacimiento de la cultura digital, todos dirigidos por Héctor Rubén Cucuzza. "Este libro es el resultado del trabajo del equipo de Historia Social de la Educación de la Universidad Nacional de Luján, más algunos invitados de otras universidades" explicó Cucuzza a *Télam*.
JUAN RAPAOLU



CONTRATAPA

LUIS SOTO



Hip y Mió

“E l que da la cara soy yo. Y defendiendo la posición que gané laburando. Ustedes...”, arrancó Cáceres anoche. “Nosotros somos la cara”, dije yo. Parado frente al espejo, él no esperaba el desafío. Quedó armando una réplica. Hace 47 años que estamos juntos, larga pulsera. Hemos ganado terreno Mió y yo. Tuvo que aflojar el control de cada paso del trabajo y ahora nos trata como pares. Hasta que supo de los informes sucios.

Columista político de radio es Cáceres. Nosotros hacemos la producción de material para su análisis. Alertado por su obsesivo celo de jefe (o el oficio de un alcahuete), encontré informes con fallas de fábrica. Errores con olor a deliberados. ¿Yeites de aprendiz de censor? Tal vez. “¿Por qué no copiaste completa la declaración de los obispos?”, encaráo primero a Mió. Un cross letal. Mi socio enmudeció. No fue tan simple el trámite conmigo. Un diario denunciaba un desfalco en el gremio mercantil. Recuadro: “estaría implicado un alto dirigente”. Leí el nombre: personaje con lejajo trosko-juvenil, amigo de Cáceres. En el informe lo mandé al frente con su apodo: “el Turco”. Y pasó. “Se me escapó, de distraído”, versió. “A conciencia lo encanaste. Y de robe me baléas a mí”, encaráo. Opté por guardarme en el molde. “¿Basta de bajar línea? ¿O se sienta con impunidad de sérvis?” A mí no me va a a boicotear una yunta de mercenarios baratos”, se agrandó. Mió quiso blanquear el encárrico con su discurso de siempre. Casi-medio-siglo-juntos. Cuando empezó en Radio-Belgrano-éramos el eje-de-la-producción. Lo ayudamos a conquistar-presigio. Por eso nos dejó crecer. Es tarde para descubrir que no es más el pinet. Cáceres estaba bien afirmado: “el pinet es un valor malico, no perdono la mala leche”, disparó. Y se metió en el cuerpo a cuerpo. “Vos, Mió, sos sirviente de lo más oscurantista de la Iglesia. Me sorprende Hip. Fusilá sin piedada un tipo al que, como a su admirado Dirk Bogarde en Venecia, se le agrieta el maquillaje. Nunca se sa-

be qué monstruo acecha detrás de un antifaz. ¿Un seductor de menores caben diez toques de zapping”, sintetizó Cáceres. Le tiré un puntazo: “pero el sueño no es suyo, lo alquila, y a las 3 de la mañana debe haber un millón de monos que chupan la teta del mismo sueño”. Demoró en contestar Cáceres. “Dándole manija al control remoto sos un cartonero envuelto basura”, dijo Mió. “Esto no es una consulta. Notifico mi decisión”, cortó Cáceres. Viraje a otra frecuencia y ahí me dedicó una dosis de franela. “A Hip lo oí citar a Berger, a Pessoa, Lee. Me recece los sueños”. Me escondí detrás de una nube. “Vos, Mió, siempre me tenés a la mano. Me pedís una chapita, toda vidriera que diga ‘sale’, todo culo erguido, encargate del zapping”, decretó Cáceres. Reacio a imitar al amo, Mió no se mostró ofendido. Como búfalo hizo la jugada imprevista. “Nunca me hiciste un regalo”, dijo. “¿Qué regalo?”. “Un silencio-duro, ponele”. “¿La pistola con el cañito?”. “Sólo el cañito”.

Cáceres lo quiere más a Mió. O lo prefiere como aliado. Le puso ese nombre porque Mió es mío. Como yo tengo hipermetropía me dice Hip, pronunciando a la “H” aspirada, como en inglés. Brote de riqueza imaginativa, sí. Una obsesión de Cáceres es definir en colores todo lo que vive, sucede y vegeta a su alrededor. Eso alenó celos. El iris de Mió es marrón pardusco. Para Cáceres es verde, el color de ojos más cotizado. Mi iris es celeste turquesa, pero Cáceres dice que es azulino desvaído. Su tío Milton dio una interpretación. “Como unguayo de mate y le, cuando habla de la costa, hasta Atlántida, le decís mar el río. Miles de dioses de Arizgas y nietos de Obdulio Vare la coreamos la misma letra. No jodas más. El iris de Mió, para vos verde mar, es marrón como este muguerito río”. “Lugones cantó ahí color de león”, dijo Cáceres. Ahí Miguel pegó sin asco: “Giribaldi, poeta lunfardo, dice qué hacés-rió-color-bosta-de-alazán”. “Es marronoso”, dice, Mió rec-

cionó. “Uno al lado de otro, los dos mirando al frente, nunca podemos vernos, ¿de dónde sacaste eso de marronoso?”, torió. “Es un narciso Cáceres”, dije (supongo que habrá entendido). Pasa horas ante el espejo, yo aprovecho para mirar orejas, dientes, pelo, lo que se ve. “No me interesan otras partes”, dijo Mió. “Hay una que arrea a todo Cáceres. Siempre que puedo, espío en qué anda, qué hace”, fui directo. “¿Cuál?”. “El del ojo en el medio de la cabeza. Con uno solo vive”.

Le hice un planteo a Mió. Cáceres nos condena a llevar una vida de hombres, desconfa de nosotros, exige dividir el trabajo. ¿Y si nos abrimos? “Mi lealtad es de perro; no podría estar lejos de él, los amigos”, dijo. “¿Qué amigos?”. “Lengua, páncreas, vos”, dijo, su amigo? Se lo comenté a Don Rafael, un vecino que siempre me saluda, andaluz y soldado del anarquismo. “¿Qué hacés con ese tunante colaboracionista?”, dijo (por Cáceres) y sin mucho rodeo me sugirió la posibilidad de escapar, de liberarme. Cáceres endurece hasta las 9. Un amanecer del andaluz deja sobre la medianera un cesto cubierto por un mantón de su mujer. Yo me echo adentro —con Mió no se saluda— y desparezco como el humo que despiende de la tagarina que pita Don Rafael. “Si nos vamos los dos, ¿le queda mutilla?”, le dije a Mió. Le vanté un hombro —es extraño, los ojos tenemos hombros, pero no nos da por usar sacos— y dijo que está bastante bien con Cáceres. Avisé al andaluz. “Se me ha puesto que este Mió es una oja, que de varón no tiene más”, intrigó. “Si me voy solo, ¿con quién vivirá?”, quiso tantear. “Acá no es bueno que vengas. Está a un paso y Cáceres tiene poder. Y si te exilias en Mió, ¿por qué? ¿Por qué?”. “Se me hundían las dudas en la retina. “En Andalucía falta empleo, yo sé hacer lo que cualquiera de los nuestros. ¿Cómo me voy a arreglar?”. Las unas de Don Rafael chirriaron al boina negra la pared. Ajustando el aro negro sobre la sien derecha dijo: “hombre, que mi mare ha perdido un ojo en la Guerra Cívica”.